

ARMANDO ZEROLO

ÉPOCA  
DE IDIOTAS

UN ENSAYO  
SOBRE EL LÍMITE  
DE NUESTRO  
TIEMPO





Armando Zerolo

# Época de idiotas

*Un ensayo sobre el límite de nuestro tiempo*



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2022  
Prólogo de Higinio Marín

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 106

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Podiprint-Málaga

ISBN: 978-84-1339-117-5

Depósito Legal: M-21771-2022

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	17
I. CADA ÉPOCA TIENE SUS LÍMITES.....	21
El poder como relación con el límite .....	21
Antigüedad: volver al hogar .....	23
La Edad Media: <i>Transit mundi</i> .....	26
La Edad Moderna: construir el hogar en el Mundo.....	29
La Edad Posmoderna: el grito.....	34
II. CONTRA EL DECADENTISMO.....	39
El hombre, animal histórico.....	39
Razón histórica.....	41
La filosofía como hacer histórico .....	43
Creencias .....	44
Ideas .....	45
La verdad que late .....	46
Vivimos en una época de azoramiento .....	47
Perplejidad ante la historia .....	49

Significado histórico de decadencia.....	50
Pesimismo decimonónico.....	52
La persona sin presente .....	55
Psicología y patología del cambio .....	57
Actitud conservadora.....	57
Actitud revolucionaria.....	59
La persona como unidad de sentido .....	61
<b>III. LA VÍA POSMODERNA.</b>	
¿SOMOS BARCO O SOMOS ÁRBOL? .....	63
La identidad nacional.....	67
La carretera nacional.....	67
El arado y el cohete.....	74
La identidad como sedimento.....	77
La identidad como tarea.....	80
La identidad, verdad y veracidad.....	85
Europa o el perdón como identidad .....	89
Tiempo de orugas.....	92
¡Éramos tan felices!.....	93
Año cero.....	95
«El virus del miedo» .....	99
Hacer mundo.....	102
A casa.....	105
El riesgo de las orugas.....	108
Imbéciles e idiotas. Sobre las dos vías de la modernidad.....	111
<b>IV. ÉPOCA DE IDIOTAS .....</b>	<b>117</b>
La caída.....	119
Tocqueville y el hombre democrático .....	119
Ortega y el hombre masa .....	124
Capograssi y el individuo sin individualidad.....	127
Renacer como posibilidad .....	130
La libertad democrática y el asociacionismo.....	130

La ética de la extravagancia .....	133
La aceptación del límite .....	138
Renacimiento o resistencia .....	143
La cultura de la derrota.....	143
La era de Job .....	146
EPÍLOGO: EL LÍMITE.....	151
AGRADECIMIENTOS.....	155
NOTAS.....	157





«Poco antes, en las praderas,  
buscaba flores para trenzar  
una corona prometida a las ninfas;  
ahora, en la claridad dudosa de la noche,  
no veía más que los astros y las olas»

Horacio, «Carmina», III, XXVII, *Ad Galateam*

«El futuro oprime también por no mostrarse y, entre  
el pasado y el futuro, el presente queda vaciado»

María Zambrano

«Todos sabemos que la oruga se convertirá en  
una mariposa. ¿Pero lo sabe la oruga? Eso es lo  
que deberíamos preguntar a los predicadores de  
catástrofes, que son como orugas, envueltas en la  
cosmovisión de su existencia larvaria, ignorantes  
de su inminente metamorfosis. Son incapaces de  
ver la diferencia entre decaer y convertirse en  
algo distinto. Ven la destrucción del mundo y sus  
valores, cuando en realidad no es el mundo el que  
se desmorona, sino la imagen que tienen de él»

Ullrich Beck, *La metamorfosis del mundo*



## PRÓLOGO

Como dice el propio autor, el libro de Armando Zerolo, *Época de idiotas. Un ensayo sobre el límite de nuestro tiempo*, es un retablo de nuestro tiempo en cuatro escenas, y, en el fondo, es un retablo del tiempo mismo como discurrir de los asuntos y las obras humanas. Sus cuatro capítulos son otras tantas reflexiones sobre el tiempo como formas de lo humano en la tradición europea, como conciencia y razón histórica, como escenario de los avatares de la identidad y, finalmente, del agotamiento y renacimiento de las épocas.

Sin embargo, el orden de batalla al que se asoma el lector no es el que compondría un ejército regular con líneas y escuadrones uniformados y visibles desde una posición dominante. Al autor no le seducen las uniformidades, tampoco las intelectuales y menos aún las enfrentadas en batallas que tiendan a alinear a los concurrentes. En vez de eso, discurre por cuenta propia y sin uniformidad bajo la que resguardarse, pirateando cuanto reluce a una inteligencia que no quiere evitar ni esconder la hermandad entre pensar y poetizar.

Así que los cuatro capítulos y la conclusión son como el recuento del botín y los cuatro abordajes a un galeón bien artillado: nuestra época. El primero de ellos tiene un cierto carácter

exploratorio porque dibuja una cartografía de las épocas como distintas formas de relación del hombre con el mundo, expuestas mediante las mutaciones de la idea de límite y la consiguiente redefinición del poder y la posición del hombre. Ese capítulo tiene una deliciosa fuerza intuitiva y poética en sentido aristotélico: organiza la complejidad de un asunto multifacético en una totalidad rápida y esencial.

El segundo capítulo aborda el tiempo de lo humano —la historia— como conciencia histórica y, más aún, como la realidad de lo humano. Para tener conciencia histórica, la historia tiene que comparecer también como forma de ser del sujeto de la conciencia. No es que el hombre no tenga naturaleza, como le gustaba decir al historicismo, es que su naturaleza resulta inabordable sin la historia, y no solo la historia como condición genérica, sino con sus formas efectivas y particulares. Así el hombre contemporáneo se descubre sujeto y objeto de la conciencia histórica. La visibilidad de esa doble condición es, según creo, la secuencia argumental que articula el primer y segundo capítulo del libro.

El segundo capítulo concluye en uno de los núcleos argumentales del libro. La condición del hombre como sujeto y objeto de la conciencia histórica convierte a la historia en el ser del hombre, pero, por lo mismo, convierte a la persona en la «unidad de sentido» en lo histórico y, por añadidura, en lo político. Y de ahí que el tercer capítulo inicie una indagación narrativa sobre la identidad cuya estructura es, a su vez, en buena medida narrativa. Somos lo que nos contamos y no tanto por lo que de hecho contamos de nosotros mismos como porque somos el contar-lo como modo de ser. Somos el animal (el mamífero) que cuenta historias porque habita como ningún otro el ecosistema de lo histórico, del tiempo padecido y protagonizado desde la libertad. En efecto, la historia y la libertad se requieren entre sí. Si no hay libertad no hay historia,

pues historia es lo que no se puede explicar metodológicamente a partir de las causas precedentes ya que incluye siempre una variable no deducible de aquellas causas. Y de esa condición metahistórica del ser histórico, Zerolo concluye que «el límite es la persona misma», la piel y la conciencia donde el mundo se siente y se sabe, y también donde se pierde y confunde.

En el límite entre el sentido y el sin sentido habitan los idiotas y los imbéciles que componen la tipología del hombre moderno que nos propone el autor. Pero no es una tipología paritaria y el autor no es equidistante al respecto, porque en el cuarto y último capítulo desarrolla la propuesta de que el nuestro es el tiempo de los idiotas, de los que están más cerca de los niños que de los intelectuales, de Don Quijote que de los sabiondos expertos que dan forma a la modernidad encantada de conocerse.

El epílogo es una breve reflexión sobre el límite como el punto donde se encuentran el individuo y la comunidad, el dentro y el fuera, el envés y el revés sin dejarse capturar por ninguno de ellos. Ese límite no es mero intersticio entre lo real, sino que él mismo está vivo, como la piel, como la persona. En el límite se juntan los extremos y en el límite se hacen conscientes de su unilateralidad, de su falta de matiz. Por eso, vivir al límite es llevar lo de dentro afuera y a la inversa, conciliando un tráfico en sentidos contrarios pero con una misma dirección: pensar, y hacerlo sin dejarse encastillar para defender una posición que se parece más a un movimiento, a un camino.

En este libro la idea de límite no es la de los modernos que solo lo veían como lo que había que superar, pero tampoco como la de los antiguos que lo pensaban como lo que nunca había que rebasar. Límites los hay de las dos clases, pero, dice Zerolo, somos más aquellos ante los que nos inclinamos que los que destruimos. El poder tiene su forma suprema en el cuidado y ese es un descubrimiento de nuestro tiempo.

Así pues, el retablo compuesto por este texto no es como aquellos primeros que se dejaban mirar sin modificar la posición del espectador, porque sus cuatro escenas no difieren solo por sus temas y ubicación, sino que requieren un cambio de postura lectora. La prosa del ensayo se hace por tramos poética, narrativa, metódica o analítica. Zerolo hace honor a la polisemia castellana del término argumento que es tanto la concatenación lógica de un pensamiento, como la hilatura narrativa de una historia. En las páginas de este libro se pasa de la reflexión conceptual a la contemplación estética y narrativa preservando un hilo argumental, «enhebrando el hilo de nuestro tiempo», dice el autor, y delatando intencionadamente su posición.

Las posiciones de los pensadores, como la de los observadores, no se definen tanto por el lugar en el que se sitúan como por la cota, es decir, por la altura y el panorama que comparece a su mirada, y por la naturaleza de esa mirada. La visión de nuestro tiempo de Armando Zerolo es crítica pero no es terminal, por así decir. No es la mirada forense de quien hace la autopsia de un mundo al que le gustaría ver acabado. Hay diagnóstico, pero hay terapia, hay preocupación, pero hay esperanza. En el panorama español es una voz con resonancias propias, con visiones personales que no se disuelven, sino que crecen desde su genealogía: Tocqueville, Guardini, Ortega, Díez del Corral, Zambrano, Capograssi.

Una posición, pues, que no se deja alinear entre contendientes, que lleva a cabo la siempre mal vista función del que cruza una y otra región, llevado de un afán propio: no dejar nada valioso sin considerar. La singularidad de esa voz les parecerá tibia a los convencidos de la imposibilidad de lo otro. Pero el castellano guarda otra palabra para describir a los que les parecen fríos a los calientes y calientes a los fríos: templado. Un pensamiento templado no huye de lo frío o de lo caliente, como el tibio, sino que se expone

sin subterfugios a ambos, como el hierro que al pasar del fuego al agua se hace templado, es decir, más flexible y resistente, más capaz.

Capaz de no ver en las posibilidades de una época solo el riesgo de la pérdida, sino también la posibilidad de lo mejor y, todavía más, capaz de ver la posibilidad misma como ocasión para idearla, para pensarla en sus mejores versiones. Por eso dice el autor, al inicio mismo de su texto, que no va a hablar mal de nuestra época, lo que resulta bastante contrario al gusto de la época. De ahí que el subtítulo, *Un ensayo sobre el límite de nuestro tiempo*, tenga sentido actual tanto como prospectivo. El autor horada los estratos de nuestro tiempo para darse una comprensión, ciertamente. Pero, al mismo tiempo, alienta la posibilidad de un tiempo nuevo por el que discurra la suave brisa de un pensamiento bien templado, a fuego y agua.

Higinio Marín





## INTRODUCCIÓN

Hablar bien de nuestra época resulta contracultural. Los ensayos críticos tienen mucho más éxito que los optimistas, el género apocalíptico en cine y literatura funciona muy bien, y los premios y los aplausos los obtienen habitualmente los que comparten un juicio condenatorio de nuestro tiempo y de las personas que lo habitan.

Al escribir un ensayo sobre las oportunidades de nuestra época me encuentro ante la paradoja de estar intentando señalar los aspectos positivos de una cultura que prefiere castigarse a sí misma. Me enfrento así al miedo de poder estar incurriendo en una contradicción: cuanto más señalo la positividad, más emerge la negatividad. Esto me hace pensar que quizás haya algo en nuestros días que realmente no está bien. El cantor de alabanzas se puede sentir como el pasajero de un avión en caída libre que hace un comentario sobre lo bueno que es el café a bordo. Ante la inminencia de la catástrofe toda observación sobre un aspecto positivo se vuelve irrelevante.

La pregunta es si es verdad que esta sea una época «Titanic», pues de ser así este libro no sería más que una melodía de violín en medio del Atlántico. Pero la pregunta es en sí misma tramposa porque está dando por buena la tesis historicista que es precisamente

la que pretendo rebatir. Hans Urs von Balthasar explicó que la teología de la historia nos da una lección por encima de cualquier otra: el sentido de la historia no nos pertenece<sup>1</sup>. No somos los directores de la orquesta, ni tenemos delante de nosotros la partitura completa. Nos corresponde representar unas pocas líneas en el pentagrama de la gran sinfonía de la historia. El pecado capital de la historiografía decimonónica que aún hoy arrastramos es la tentación de precipitar los juicios históricos y anticipar lo que está por venir. Somos herederos de la posteridad espiritual de Joaquín de Fiore<sup>2</sup>, milenaristas tentados de volver a cantar el fin del mundo mil años después.

Esto no significa que no se pueda hablar mejor de unas épocas que de otras, pues eso sería caer en el otro extremo del historicismo, que es el relativismo cultural. Claro que prefiero haber nacido en 1978 que en 1917, y que los momentos de paz son mejores que los de guerra, por poner un ejemplo. Se puede hacer un juicio cultural de nuestros días, es necesario. Se deben señalar los fallos del sistema, las deficiencias culturales y la mediocridad intelectual y moral. Se puede hablar del incremento de la tasa de suicidios, de la soledad de los ancianos, del trabajo precario, de los ciudadanos en riesgo de exclusión social, de la baja natalidad y la desmoralización tan extendida en nuestros días, del riesgo de las nuevas tecnologías y del deterioro del ecosistema, del terrorismo y de otras tantas amenazas. Pero el juicio moral de una época, que sí es justo y necesario hacer, no se puede extender al sentido absoluto de la historia. Señalar lo que está bien y lo que está mal en el presente es algo muy distinto a predecir el futuro y, en todo caso, no nos exime de la responsabilidad de construir dentro de lo posible.

Cruzar la delgada línea que separa la historia del historicismo nos puede llevar a una injusticia imperdonable: censurar la categoría de posibilidad. La posibilidad en la historia se cumple bajo la

forma de acontecimiento, y he aquí el problema. En tanto que no es necesario, no es predecible, y por ello no podemos asentar sobre el acontecimiento ningún sistema positivista. La actitud moral ante el acontecimiento es la espera y la observación, pero nuestros tiempos impacientes exigen proactividad, iniciativa y planificación. ¿Cómo planificar lo que es posible pero no es necesario? ¿Cómo organizar el acontecimiento para que suceda, cuando, al hacerlo, lo que conseguimos es que se vuelva imposible?

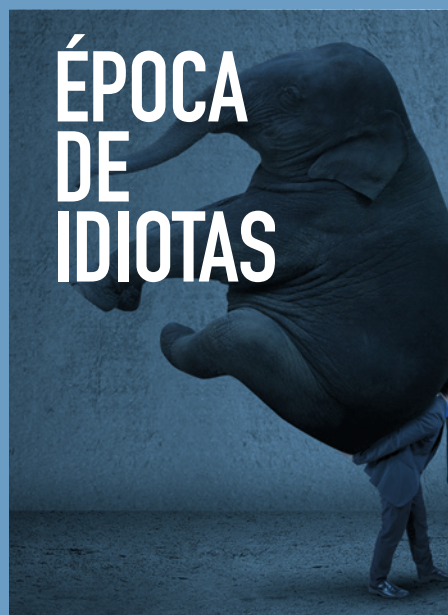
Este ensayo adolece pues, de una debilidad, y es la de centrarse en lo posible. Resulta más fácil demostrar lo malo o lo bueno presente y pasado, que lo posible futuro. Lo futuro no existe y exige el abandono a lo que está por venir. Paciencia y esperanza son las virtudes más necesarias en nuestra época, pero todo apunta a que son precisamente las dos virtudes más ausentes.

El lector que amablemente se ha introducido en este ensayo se va a encontrar con una obra en cuatro actos. Son cuatro piezas que componen un retablo, cuatro radios cuyo centro es el autor, y una circunferencia que habrá de ser trazada en la inteligencia del lector.

Mi intención es que el lector encuentre algún criterio para juzgar nuestra época que no le lleve a censurarla con un juicio absolutamente condenatorio, y que pueda ayudarle a dejar un espacio a la categoría de posibilidad. Que el trigo crezca sobre la cizaña y que algo nuevo e imprevisto inicie un nuevo ciclo, aunque no coincida exactamente con nuestra imagen preconcebida del mundo.

«Hablar bien de nuestra época resulta contracultural», escribe el autor al inicio de este ensayo. Estamos ante un libro que procura señalar precisamente los aspectos positivos de una sociedad que, sin duda, está empeñada en no verlos. Armando Zerolo propone así una visión de nuestro tiempo que, sin dejar de lado la crítica, abre un espacio a lo posible, a lo que está por venir. Su carácter templado, que no tibio, como escribe Higinio Marín en el prólogo, se expone a lo frío y lo caliente sin subterfugios, revelándose flexible y resistente a la vez.

*Época de idiotas. Un ensayo sobre el límite de nuestro tiempo* aborda con toda clase de referentes, desde literarios hasta cinematográficos, la manera en la que los «idiotas» —aquí aquellos chivos expiatorios que asumen sobre sí los males del mundo: los Quijotes, los Cándidos de Voltaire, los Pasolini o las Teresa de Lisieux— han nacido para redimirnos. Haciendo un repaso por grandes pensadores y artistas, Zerolo construye un ensayo culto y razonado sobre cómo permanecer en el límite nos permite conservar lo que tenemos y a la vez dejarnos permear por el futuro, puesto que si hay esperanza es porque «el límite es el lugar del encuentro».



ISBN: 978-84-1339-117-5



9 788413 391175